Un día en la vida

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Mapo y Chuso se hicieron amigos escalando, nadie sabe cómo ni por qué, pues no conozco dos tipos que fueran más diferentes. Mapo era achaparrado, con la cabeza afeitada y feo como un oso. No me extraña que ligara menos que el muñeco Chucky. En cambio Chuso se las llevaba de calle con solo mirarlas, sería por la melena rubia hasta los hombros, o por aquella forma que tenía de presentarse: «Jesús Mario Amor Alegre, pero *tú* puedes llamarme Chuso», les decía y ellas se derretían. Al cabo de un par de días ya andaba con otra, que el chaval honraba sus apellidos, pero ellas no parecían tenérselo en cuenta y no conocí ni una que hablara mal de Chuso. Mapo trabajaba con su padre, carpintero, con el que salía a bronca diaria y Chuso fingía estudiar medicina, por imposición familiar, pero maldita gracia que le hacía. Quizá por eso se compenetraron tan bien, o quizá porque a los dos les volvían locos las películas de los hermanos Marx, el caso es que se trabaron como los dos lados de una cremallera, y un día, como si quisieran sellar aquel hermanamiento con una prueba de fuego, fueron al Presi y le preguntaron por la vía más difícil de la provincia.

Doblados por las toneladas de chatarra que colgaban de sus arneses contemplaron la «Superdirecta del Gran Frare», la pared que marcaría un antes y un después en sus vidas. Luego se miraron el uno al otro, conmovidos, y se dieron la mano con una promesa silenciosa: o saldrían por arriba o no saldrían.

Chuso se puso delante y atacó los primeros largos, de caliza gris, sólida y fiable, relativamente sencillos comparados con lo que aguardaba más arriba. Ya estaban en la tercera reunión cuando escucharan ruido de chatarra y al mirar abajo vieron a dos chicas preparando el material.

—¡Échale guindas al pavo! —exclamó Mapo—. ¿Es que no tienen otra vía adonde ir?

—No te hagas mala sangre —respondió Chuso, regalándose la vista (y no era para menos)—. Les llevamos buena ventaja y no nos alcanzarán. Será como si estuviéramos solos.

Pero Chuso no sabía lo que se decía. Mientras él escalaba el siguiente largo, las dos muchachas se curraron los tres primeros, y justo cuando Mapo, que iba de segundo, salía de la reunión, vio aparecer entre sus pies una melena morena que gritaba: «Hola, soy Neus». A mitad del largo volvió a escuchar la misma voz, alegre y cantarina: «¡Vaya día, eh! No

te importa si te paso por la derecha, ¿verdad? No te preocupes, tú no te muevas un instante... y ya está». Dicho y hecho.

Neus llevaba un mono de triatleta, rojo brillante, muy ajustado, con un generoso escote por delante y la espalda descubierta. «Lo que se han de comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos» fue lo único que pudo pensar Mapo, mientras veía a Neus enfilar la reunión. «Hola guapo, ¿me haces un hueco?» le preguntó a Chuso, que de tan asombrado no se atrevió ni a presentarse en su forma habitual. Pero, con toda la algazara que organizaba a su alrededor, Neus era una máquina y en unos segundos la otra chica ya estaba subiendo, y lo hacía a tal velocidad, que alcanzó a Mapo en la entrada de la reunión. «Ella es Turi» dijo Neus desde arriba. Turi también lucía un traje de triatleta ceñido como un guante, pero sin escote y cerrado por detrás. «Bueno, en realidad, para su padre es Arquitectura, pero para el resto del mundo es Turi», explicó Neus. Arquitectura, Turi para el resto del mundo, le sonrió a Mapo sin decir nada, aparentemente Neus hablaba por las dos. Luego se movió hacia su derecha, saliéndose de la vía; hizo una variante para rodear la reunión y volvió a la normal unos metros más arriba, pasando así de segunda a primera con toda naturalidad. Tan deprisa se movían aquellas dos que Neus salió de la reunión antes de que Chuso estuviera listo de nuevo y cuando este arrancó, se sentía tan herido en su orgullo que asumió demasiados riesgos y pasó lo inevitable. Mientras pendulaba al final de la cuerda oía las risas y mofas que llegaban desde arriba. Eso hizo que Mapo se pusiera de primero, subiendo con su parsimonia habitual. «¡Quieres correr más!» le gritaba Chuso. «A camino largo, paso corto» le respondía Mapo, sentencioso. «Déjate de refranes y aprieta, ¡qué se nos van!». Mapo lo acusó de estar más salido que una mona y la réplica de Chuso fue hiriente, así que los dos amigos se enzarzaron en una pelea, su primera pelea. Nadie sabe como hubieran acabado de no verse cortados por un grito de angustia llegado de arriba. «¡Ha volado en el techo!» exclamaron al unísono. Neus colgaba inmóvil al final de la cuerda. Mapo fue el primero en llegar junto a la chica, casi al mismo tiempo que Turi, que había anclado la cuerda de su amiga y descendía rapelando. *Esto tiene mala pinta,* pensó Mapo, viendo a Neus desvanecida. *Será mejor llamar al 112*.

—Rin Tin Tin Rescates, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió una voz melosa y apamplinada.

—Estamos escalando en el Gran Frare, una chica ha tenido una caída y se encuentra inconsciente, ¡necesita evacuación!

—Un momento por favor, no se retire. —Mapo oyó un rumor como de hojas de papel pasando—: usted diría que el estado del herido es ¿«grave», «muy grave», «fatal»?

—¡Le he dicho que está inconsciente!

—Pero esa categoría no figura en mi manual y si no me define usted su estado no sé en qué página debo continuar.

—¡Esto es ridículo! ¡Grave!, su estado es grave. ¿Me oye?

—Perfectamente señor. —Nuevo pasar de páginas—. Por favor, califique la dificultad del acceso al lugar donde se encuentra el herido: «sencillo», «poco sencillo», «difícil», «muy difícil», «extraordinariamente difícil».

—¡Pero es que no me ha escuchado? ¡Estamos en la superdirecta del Gran Frare!

—Por favor, califique la difi...

—«Extremadamente difícil», ¿me oye?, estamos en mitad de una maldita pared, el acceso es «Extremadamente difícil»...

Mas rumor de papel aleteando.

—Eso es todo caballero, muchas gracias por su colaboración. La ayuda está en camino, coloque al herido en un lugar resguardado y suminístrele líquidos exclusivamente. Evite la obstrucción de las vías respiratorias. No nos llame, nosotros nos pondremos en contacto con usted. Rin Tin Tin Rescates le desea que tenga un buen día.

Mapo se quedó pasmado, con el móvil en la mano, sospechando que, en realidad, no había llamado y que esa conversación surrealista no había tenido lugar. Todavía estaba en trance cuando oyeron el helicóptero. Vieron cómo se aproximaba a la cima del Gran Frare y comenzaba a trazar la pared, pero a mucha distancia de donde ellos estaban. Mapo marcó otra vez el 112.

—¡Señorita! El helicóptero está buscando demasiado a la derecha. Páseme con el piloto para que pueda guiarlo.

—Su valoración del error de posicionamiento está realizada ¿«Desde su punto de vista», «Desde el punto de vista del helicóptero», «Desde un punto de vista general» u «Otras respuestas»?

Mapo, desesperado, miró a su alrededor. Por encima de ellos vio un grupo de pinos muy característicos que servirían de referencia.

—Dígale al piloto que se dirija hacia tres pinos que crecen en mitad de la pared, en el lado SO. La herida se encuentra a unos cien metros por debajo, en su vertical.

—«Perro guía» llamando a «Mister Magoo», «Perro guía» llamando a «Mister Magoo» —era la telefonista transmitiendo al helicóptero las instrucciones de Mapo—, «Perro guía» llamando a «Mister Magoo», la herida se encuentra a unos cien metros al SO, en unos pinos.

—¡Nooo! ¡Estamos cien metros *debajo* de los pinos! En el lado SO...

—Muchas gracias por su colaboración señor, permanezca tranquilo y a la espera... la ayuda está al llegar. Rin Tin Tin Rescates le agradece su confianza.

—¡Eh chicos!, mirad.

El dedo de Turi apuntaba hacia abajo, a la gran explanada al pie de la pared, en la que irrumpía una larga caravana de vehículos todoterreno de color naranja. Sin quitarle el ojo a los de Protección Civil, Mapo se fijó en cómo el helicóptero se acercaba a los pinos. El piloto debía ser muy bueno porque se acercaba mucho... mucho... pero que mucho... Mapo pensó que, incluso, se acercaba demasiado... de pronto las ramas de pino saltaron en todas direcciones, el aspa se trabó en un grueso tronco y transmitió su giro al helicóptero, la cola se estrelló contra la pared, el rotor estalló en mil pedazos y el muñón roto se deslizó por la placa de caliza hasta quedar empotrado entre la pared y los pinos. Chuso, Mapo y Turi miraron desencajados la enorme masa de metal delicadamente suspendida justo en la vertical de sus cabezas.

—¡¡Se ha estrellado!! ¡¡El helicóptero se ha estrellado!! —gritó Mapo al móvil

Se produjo una silenciosa pausa, rota tan solo por el rasgar de las páginas al pasar... Luego escucharon una voz compungida:

—Rin Tin Tin Rescates lamenta este desafortunado incidente, totalmente ajeno a nuestra voluntad, y le pide disculpas por la demora. Le informamos de que ya se ha activado el plan de contingencia de nivel 2. Por favor, permanezca en calma, evite desplazamientos innecesarios y no tome decisiones precipitadas, la ayuda está en camino.

De arriba llegó un lamento de metal contra roca... un chirrido deslizante...

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Chuso.

Pusieron inmediatamente manos a la obra, aunque no era tarea sencilla, y les llevó un buen rato trasladar a la inconsciente Neus a un lugar

más seguro. Para entonces, a los vehículos de Protección Civil se les había agregado un convoy de camiones de la UME, y ya estaba casi montada una gigantesca tienda de lona con la cruz roja pintada en el techo. Por debajo de ellos, dos cordadas, una de monos naranjas y otra de uniformes negros, pugnaban por alcanzarles. De vez en cuando se escuchaban palabras poco amables, voces airadas e insultos varios.

Chuso tomó del brazo a Mapo y señaló hacía los restos del helicóptero, trabados entre los pinos y la pared: «Eso no aguantará mucho tiempo ahí arriba, ¿no te parece?». Dejaron a Neus a cargo de Turi, hasta que llegaran los muy esforzados rescatadores, y subieron para prestar ayuda a los pilotos. Se encontraban a mitad de camino cuando escucharon otro helicóptero, este con las letras «UME» en la panza. Primero se acercó a donde estaban Neus y Turi, pero las dos cordadas rivales ya habían llegado y discutían vivamente sobre quién tenía mas y mejor derecho a rescatar a las víctimas, así que el piloto se lo pensó mejor. Ganó altura y se colocó en posición para que dos soldados rapelaran hasta los restos del aparato accidentado. Mapo y Chuso llegaron a tiempo tan solo de ser espectadores privilegiados del rescate. Más abajo, los soldados ya descendían a Neus en una camilla, mientras los de Protección Civil se peleaban con Turi, que no quería meterse en el *cacolet*, y gritaba que podía bajar por si misma. Una chica de mono naranja zanjó la discusión por lo sano, clavándole a Turi una jeringuilla en mitad de la espalda, que la dejó inconsciente. Los de Protección Civil se chocaron las manos, eufóricos: ¡Ya tenían su víctima! En la explanada, el hospital de campaña crecía a ojos vistas. Un grupo de soldados cubría con tiendas individuales una larga hilera de asientos de water portables, mientras otros completaban la instalación de los grifos de cerveza de una cantina.

Chuso y Mapo se sentían indecisos. Mapo quería completar la pared y salir por arriba, Chuso, por el contrario, prefería rapelar y acudir al rescate de Neus y Turi. Los interrumpió una música estruendosa que venía de no sabían donde, «La Carga de las Walkirias», enseguida surgió del horizonte una flotilla de helicópteros, por encima de los cuales volaban escuadrillas de aviones que vomitaron sobre la cumbre pelotones de paracaidistas en traje mimetizado. De todas partes cayeron cuerdas por las que rapelaban interminables hileras de carapintadas, mientras la música atronaba más y más y los helicópteros con la bayoneta ceñida de laurel, el emblema de los Grupos de Operaciones Especiales, trazaban la pared

como insectos enloquecidos. Un pelotón descendió sobre las cabezas de Chuso y Mapo, pasaron una eslinga por los restos de la aeronave accidentada y abrieron una bengala de humo rojo. Un gran helicóptero de carga se destacó de la flotilla y se acercó a ellos, trabó la eslinga con un garfio y los restos de «Mister Magoo» salieron de su nido, entre la pared y los pinos, como por arte magia. La operación apenas duró unos instantes, durante los cuales los uniformes mimetizados pasaron como una ola sobre la pared y un momento después tan solo quedaban algunos rezagados. Según llegaban a la explanada se reagrupaban en pelotones y salían por la pista de tierra a paso ligero, entonando cánticos guerreros que quedaron apagados por un súbito crepitar de estática, procedente de los altavoces del hospital de campaña, que dio paso a una voz conocida, melosa y apamplinada:

—¡Atención, Atención! Se comunica a todo el personal que ya no son necesarios más voluntarios para el turno de noche. Repito, tenemos personal de sobra para el turno de noche... ¡Cuarenta enfermeros ya podrán con dos pacientes, digo yo...!

Al oír esto, Chuso, sin decir palabra, se ajustó el arnés y arregló la chatarra. Los dos amigos escalaron los últimos largos y al hacer cumbre se estrecharon las manos, extrañamente vacíos y sin saber qué decirse. El campamento hormigueaba bajo ellos y los últimos pelotones de GOEs se alejaban hacia el atardecer. La estática de los altavoces crepitó de nuevo:

—¡Atención, atención! La película de esta noche será: *Un día en las carreras*, protagonizada por los hermanos Marx.